POR TIERRAS DE GUATEMALA

# AMATITLAN

## APUNTES PARA UNA MONOGRAFIA

POR

VICTOR MIGUEL DIAZ

1924

# AL LECTOR

El año de 1912 publicamos algunas noticias referentes a la zona de Amatitlán, que es de las más feraces y ricas del país.

Posteriormente recopilamos otros datos acerca del mismo departamento, trabajo que ofrecemos en las presentes páginas. Son ligeros apuntes que corregidos y ampliados por manos expertas, pueden ser de utilidad.

Labor como esta requiere no sólo diversos detalles y relación minuciosa de acontecimientos, sino ingenio para presentarlos, lo que por desgracia no poseemos; así es que en vez de tratar el argumento como lo merece, nos vemos obligados a hacer lo que está a nuestros débiles alcances, esperando que, en obsequio del buen deseo, se nos haga la justicia de convenir en que ninguna persona está obligada a hacer más de lo que puede.

Si algún crítico encuentra en el presente trabajo deficiencias o errores, fácil le será formar otro, corrigiendo las faltas en que pudiéramos haber incurrido.

## INCOMPARABLE BELLEZA DE PAISAJES TROPICALES

La comarca de Amatitlán tiene paisajes verdaderamente bellos y pintorescos. A medida que avanza el tren del Sur, con dirección a Pueblo Viejo, divísanse dilatados terrenos cubiertos de árboles, de variedad de cultivos limitidos a lo lejos por altas colinas, apareciendo entre verdes y azulados montes y maizales, las poblaciones de Villa Nueva, San Miguel Petapa, multitud de fincas, aldeas y caseríos, llamando la atención el primoroso panorama que presenta la finca "El Frutal."

Por todas direcciones hay bosques con diversidad de maderas; colinas que el sol poniente dora con sus vivos esmaltes; en ciertos sitios álzanse naranjos ostentando en el ramaje su jugoso fruto. No se cansa la vista de contemplar tanto paisaje lleno de vida, como las cordilleras envueltas en nubes ya blancas o grises, destacándose a lo lejos la mole del Volcán de Agua, imponente y lleno de majestad.

Hace más de dos siglos los dilatados terrenos que se divisan a los lados de la vía férrea eran lugares donde alzábanse gigantescos árboles que servían de mansión a innumerables pájaros y ardillas, ciervos, conejos, gatos

de monte, venados y otros muchos animales montaraces bien hallados en aquella silvestre soledad y apacible calma.

Hoy se contemplan a inmediaciones de las fincas y en terrenos de humildes campesinos, bueyes y vacas pastando en los potreros, los cabros irguiéndose para clavar sus agudos dientes sobre los arbustos; las ovejas con las ubres llenas de leche seguidas de sus crías; entre los matorrales saltan al oír el paso del tren palomas y tórtolas, codornices y calandrias. Cada año que transcurre ensánchanse más los cultivos: las llanuras se visten durante la estación de las lluvias de extensos maizales, presentando millares de millares de hojas y de espigas.

A poca distancia del "Ingenio de Murga" está el "Ojo de Agua de Zapotitlán;" nace la vertiente y luego corre a regular distancia a la par de la línea férrea, hacia la izquierda; de este río va al Ingenio la 'toma" de agua que mueve la maquinaria. 'El Ingenio" perteneció a don Ramón Murga, inteligentísimo agricultor y capitalista cuyo recuerdo será siempre grato a los guatemaltecos.

El riachuelo sigue su curso a un lado de la línea férrea, formando lagunetas en algunos lugares donde se produce la Linfa, planta acuática que al ser cortada, la arrastra el agua y la conduce al Lago de Amatitlán, donde se reproduce de manera asombrosa, alcanzando sus raíces regular profundidad.

El río a que nos referimos pasa frente al

Cementerio de Pueblo Viejo (Morán) y se une al río Villalobos. Cuando el primero se crece en la estación cruda, que llamanos de invierno, causa perjuicios a la línea férrea e inunda regular extensión de terreno.

Las estaciones del Ferrocarril del Sur han sido: Pamplona, Eureka, Campo Seco, El Frutal, Ingenio, Morán (Pueblo Viejo), Laguna, Contreras, (hoy "Villa Raquel," propiedad de don Domingo Samayoa) y luego Amatitlán.

Llega el tren a Morán a las ocho y treinta minutos de la mañana, poco más o menos; cerca de la estación se halla Pueblo Viejo, lugar que floreció el año de 1760 y que desgraciadamente lo inundó el río "Tulajá," el 9 de octubre de 1762.

De "El Morán" al "Relleno" el tren pasa por ligeras curvas y luego entra sobre rieles colocados en línea recta en grande extensión; cuando menos piensa el viajero divisa muy cerca las aguas del Lago: encuéntrase a una altura sobre el nivel del mar de 1,245 metros, con una distancia de 28 kilómetros al Sur de la capital. Mide doce kilómetros de longitud y cinco de ancho.

En la parte más angosta del Lago (183 metros) está "El Relleno," por donde pasan los trenes sobre rieles colocados encima de un terraplén de piedra, que la audaz mano del hombre supo colocar desde el fondo de las aguas.

El relleno es obra sólida que al llevarla a cabo costó algunas pérdidas de vidas. Las

aguas del Lago están unidas por un pequeño puente.

En la época de los trabajos del relleno hubo un campamento animado y era el punto de cita a donde asistían a fiestas campestres muchas familias acomodadas de Amatitlán. Los extranjeros al ver la obra del relleno la califican de atrevida y hermosa.

El Lago recibe por la parte Norte las aguas del río Villalobos y por el lado occidental, sale otra porción de agua llamada río de Michatoya; este último lugar es hoy bellísimo, gracias a las obras de ornato hechas a la orilla del Lago y cerca del río, a donde concurren multitud de familias durante la estación calurosa.

Se ha asegurado por varios autores que la Laguna tiene su origen en fenómenos volcánicos.

Pasado el relleno llega el tren a una estación que ha contado con hotel, sitio que frecuentan los turistas que van a gozar de los bellos ponoramas de la Laguna, donde se ven deslizar lanchones movidos por gasolina y pequeñas embarcaciones con paseantes que toman el tren ordinario o el de excursión los días domingos por la mañana. No pocos extranjeros tienen el capricho de cruzar el Lago en botes de gasolina, durante las noches de luna, cuando presentan las aguas un panorama incomparablemente bello.

Casi toda la Laguna está rodeada de altas colinas: imposible forjarse una idea, sin ha-

Se calcula que la ciudad pueda contar con 3,200 habitantes.

La distancia de la capital es de seis leguas.

Tiene al Norte, Villa Nueva, San Miguel Petapa y Pueblo Viejo; al Sur, Palín y San Vicente Mártir; al Oriente, El Tablón y Santa Elena Barillas y al Poniente, la valiosa finca Bárcenas y Santa María de Jesús, del departamento de Sacatepéquez.

San Juan Amatitlán, según antiguos documentos que hemos tenido a la vista, la fundó el año de 1549, fray Domingo Martínez, con algunos dominicos más, siendo el de la idea de construir el puente de calicanto, sobre el río, fray Juan de la Concepción.

Al principio fue Amatitlán un ingenio en el que trabajaban muchos negros e indios de Petapa.

El río dividió más tarde el pueblo; en la parte oriental de este, solamente habían ranchos de indios, viviendas que poco a poco desaparecieron a medida que construían casas en toda forma donde hoy extiéndese la ciudad.

Cuenta la tradición que en tiempos de la conquista estuvo primero el pueblo en un lugar llamado "Pampichín."

Amatitlán en dialecto pipil significa, según don Felipe Silva Leal, "correo de carta," porque "amat" quiere decir carta y "titlán" correo.

El significado de Amatitlán en dialecto

mexicano es "Ciudad de las letras," porque sus naturales acostumbraban guardarlas en cortezas de árboles, enviándolas a grandes distancias.

El clima es algo ardiente, aunque en algunos meses la temperatura preséntase agradable, motivo por el cual llegan a temporada algunas familias.

Desde hace años hemos tratado de averiguar la fecha en que fue sembrada la ceiba de la plaza principal y a qué persona se debió la plantación del frondoso árbol.

El Pbro. Antonio Laparte, cura de Petapa, el año de 1763, dice en un impreso que trata de propaganda religiosa, que la ceiba fue sembrada por un señor llamado Juan Manuel Gil, asegurando que debajo ese árbol se dijo misa cuando los temblores atribuídos al Volcán de Pacaya, el año de 1565.

Un periódico de Quezaltenango mencionó hace como ocho años, el nombre de otra persona como autora de la siembra.

En una comunicación que tenemos a la vista, fechada el 6 de julio del año en curso, está consignado este dato: "Se tiene informes que la ceiba de la plaza de Amatitlán, fue sembrada por la señora madre del ilustre Pepe Batres."

No nos atrevemos a asegurar cuál de las tres noticias sea la verídica.

Sea de esto lo que fuere, la ceiba es uno de los más bellos ornamentos de la ciudad: sus corpulentas ramas dieron sombra durante

muchos años a los vendedores y compradores del mercado allí establecido desde lejanos tiempos.

El año de 1912 al rededor de la ceiba formaron un jardín que ya desapareció.

Hubo en Amatitlán, hace muchos años varias iglesias que arruinaron los temblores de diversas épocas, en el siglo pasado: una en terrenos de la finca "La Compañía," a pocas millas de distancia de la cabecera; no sólo se ven las derruidas paredes de la iglesia, sino las de la casa parroquial; tuvo ese templo un subterráneo de sólida construcción: hay otras ruinas sobre una colina que presentan desde ciertos lugares bello panoram.

Una de las comarcas que mucho ha sufrido, desde remotos tiempos con los temblores de tierra, es Amatitlán. Agregóse a esto que a las construcciones de casas no se les dió la solidez necesaria y de ahí que hayan sufrido considerables extragos en diversas épocas.

Fuentes y Guzmán nos habla del convento de Santo Domingo que tuvo la ciudad, con claustros altos y bajos y su respectivo templo; en ese tiempo contaba Amatitlán con millares de indios, familias españolas, mulatos, mestizos y negros. Desde entonces las tierras fueron cultivadas de cereales y frutas, conociéndose cierta clase de plátano de sabor muy agradable, con el nombre de "dominico."

Los frailes de Santo Domingo tuvieron

su magnífico ingenio llamado "Donis," y en algunos puntos habían establecido buenos molinos de propiedad particular.

Amatitlán, cabecera del departamento, fue declarada ciudad el año de 1835; había llegado entonces a un alto grado de florecimiento.

Un decreto que lleva la fecha del 8 de noviembre de 1839 la mandó separar de la provincia de Guatemala, así como a los municipios de San Miguel y Santa Inés Petapa, Villa Nueva, Palín y San Cristóbal.

En 1867 quedó formado el municipio de San Vicente Mártir o Pacayita, que anteriormente era una aldea.

En 1912 Pueblo Viejo pasó a ser municipio y Santa Inés Petapa, aldea de San Miguel Petapa.

Hace pocos meses, con apoyo de la Jefatura Política, los habitantes de Fraijanes lograron erigirse en municipio, con su respectiva Municipalidad, la que tomó posesión de su puesto y entró de lleno a sus trabajos el 30 de junio de 1924, de conformidad con el acuerdo del Supremo Gobierno. Quedaron formando parte de la jurisdicción varios caseríos y fincas. Entre los primeros figuran Los Verdes y Los Cerritos. Fraijanes tenía anteriormente un alcalde auxiliar y dependía de Villa Canales.

La ciudad de Amatitlán está dividida en cantones, por disposición municipal fechada el 5 de septiembre de 1867, así: San Juan, La

Cruz, San Antonio y El Rosario y un poco retirados están San Lorenzo, El Ingenio y el Hospital.

Tiene varias avenidas y calles tiradas a cordel; la numeración de las casas era correcta antes de los terremotos de 1917-1918; en la actualidad es deficiente. La primera numeración la hicieron cuando fue gobernante el general Justo Rufino Barrios y se le hicieron reparaciones en tiempos del Presidente Reyna Barrios.

El piso de las calles es arenoso, de tal manera que si llueve fuerte, a los pocos momentos desaparece el agua y los charcos. Una de las avenidas más extensas es la que conduce a la Laguna, vía conceptuada como la principal, por hallarse en ella, hacia la parte céntrica de la población, las mejores casas, les tiendas de ropa, de abarrotes y farmacias.

La parte Norte de esta arteria tan animada y bonita hace medio siglo, hoy presenta algunas casas con paredes caídas, techos hundidos y sitios cubiertos de monte.

La vieja y amplia casa del beneficio "El Pilar," resistió victoriosamente a los temblores de Navidad.

Le dan vida a la "Calle de la Laguna," los días domingos, las familias de la población, los carruajes de punto que llevan pasajeros a los baños y los automóviles que llegan de esta capital.

Tiene mucha extensión la calle que de la

plaza principal conduce al Cementerio, de oriente a occidente.

Los edificios de la parte occidental de la plaza, donde estuvo la Jefatura Política y las oficinas de la Municipalidad, con su portal y tres portadas grandes, desaparecieron con los terremotos de 1917 1918. En ese mismo lugar va a ser construído un kiosco y un jardín, cuyos trabajos han sido iniciados hace poco tiempo.

El cuartel, que se hallaba al sudeste de la misma plaza, era un edificio elegante, de calicanto, con bonita fachada y arcos sólidos. En los extremos y en la parte alta se alzaban gallardas dos garitas y, además, un altillo con su respectivo portal.

De la esquina del edificio que fue cuartel arranca la calle que conduce a la Estación del Ferrocarril. Entre esta calle y el edificio que era de la Jefatura Política, rumbo al Cementerio, había algunas casas particulares que mucho sufrieron con los terremotos. De ese lado terminaron una casa particular con bonita fachada.

Al oriente de la plaza está el arruinado templo católico que durante tantos años presentó severa al par que sencilla fachada, con su hermoso reloj, debido a la munificencia de piadosas personas; la nave de la iglesia, aunque era espaciosa, faltábale luz. Guardaba en su principal camarín una escultura muy estimada: es la imagen de un Niño Dios, que existía en cierta ermita llamada Belén, a unas

cuantas millas de distancia de la ciudad. El año de 1789 la trasladaron a la iglesia parroquial.

Los derruidos murallones de la iglesia están siendo restaurados. El vecindario todo se interesa por la reconstrucción del templo y se apresta a que la obra sea de cemento armado; los trabajos comenzaron ya, y se recogen limosnas de dinero, que se destinan a la compra de materiales y pago de operarios.

En uno de los muros de la iglesia reposan los restos del Pbro. Juan Marquelli, que llegó a conquistarse el afecto del pueblo a mediados del siglo anterior.

Entre las fiestas religiosas, las más solemnes que se celebran en la ciudad son: la de la semana mayor, las de las hijas de María, establecidas por los padres jesuitas el año de 1851, la del córpus y la suntuosa y alegrísima del 3 de mayo, que atrae no menos de veinte mil almas cada año.

Hubo una romería el 21 de noviembre, fiesta que mucho ha decaído.

Las autoridades civiles con un celo digno de elogio, están haciendo construir un edificio de cemento armado, para cuartel, en el mismo sitio que ocupara el que destruyeron los terremotos de Navidad; presenta nueve grandes ventanas hacia la avenida que conduce a la estación y cinco frente a la plaza, dos puertas de regulares dimensiones en cada lado y una monumental en la esquina. Terminado ese

edicio, será el mejor que tenga la ciudad. En él será instalada la cárcel pública.

A un lado de la iglesia en construcción, hacia el Norte, hay dos mercados, uno con muros laterales, techado, y el otro al aire libre. El primero sirvió hasta 1917 de Teatro Escolar.

En los dos, que son de la Municipalidad, hay movimiento extraordinario, principalmente el domingo en la mañana; los granos y comestibles no son caros; abundan las frutas de diferentes clases, como las sandías, guineos y plátanos, melones y papayas; las gentes gustan de las pepescas, de los cangrejos y camarones; tienen mucha demanda la mantequilla fresca y los quesos.

En el lado Norte de la plaza hay establecido un hotel, con patio grande y un bonito jardín, corredores amplios y aseados y un extenso comedor.

Luego siguen algunas casas con tiendas de ropa y comestibles.

Entre la iglesia y la ceiba construyeron hace más de doce años elegante fuente, espléndidamente surtida de agua: es esta una obra de albañilería notable.

Amatitlán goza de comunicación postal con la capital y el resto de la República. El servicio no puede ser mejor.

Como ya digimos anteriormente, en la Avenida de la Laguna, o calle real del comercio, se hallan establecidas las mejores tiendas, dos elegantes farmacias, tiendas de ropa, bien

surtidas, tiendas de jarcia, etc., etc., dos o tres cantinas y varias ventas de licor de segundo orden. En la misma vía, ocupando edificios particulares, están las oficinas públicas, la Municipalidad y el cuartel, así como la Jefatura Política.

Hace tiempos que está clausurado el patio de gallos, entretención favorita en pasados años a la que se dedicaban ricos y pobres.

En cambio abrieron un salón en el que se exhiben cintas cinematográficas, espectáculo que ha invadido casi todas las poblaciones del país.

La ciudad tendrá unos doce fondines y dos o tres barberías.

En distintos puntos hay establecidos talleres diversos en los que los obreros trabajan con dedicacion; es digno de notarse que en Amatitlán la vagancia casi no existe; mujeres de mala conducta no se conocen y mendigos se cuentan dos o tres.

Todos trabajan para subsistir y aunque el obrero no goza de comodidades, vive tranquilo y feliz, sin las exigencias que hay en las grandes poblaciones.

En la ciudad laboran en sus bufetes, por lo regular, uno o dos abogados, y un médico. Buen número de agentes del orden público recorren las calles, tanto de día como de noche. El servicio del alumbrado eléctrico se extiende por todas direcciones.

## LAS PRIMERAS LINEAS TELEGRAFICAS EN LA REPUBLICA

Fue Amatitlán la primera población que tuvo en la República línea telegráfica.

En el mes de abril de 1867, el barón Oscar du Teill, que había venido de su patria, Francia, tuvo la feliz idea de establecer una línea tendida con dirección a la citada ciudad; lo auxiliaron en la obra el hondureño don Salvador Cobos y don Juan Francisco Alvarez. La línea, de alambre de hierro, ponía en comunicación las dos estaciones por medio de aparatos sistema Morse. El poco movimiento de los despachos fue el motivo que desalentara a la empresa, que desistió del negocio.

A este respecto la "Gaceta de Guatemala," en uno de los números correspondientes al año de 1867, hace una breve reseña del establecimiento de las primeras líneas telegráficas en la República, en los términos que siguen: "Cuando la instalación definitiva del cable trasatlántico de Irlanda a Terra-Nova, hubo demostrado la posibilidad práctica de las comunicaciones instantáneas por el telégrafo eléctrico y el porvenir que prometían, ocurrió a muchos la idea de proporcionar a su país nativo o de adopción, las ventajas que podría reportar de un progreso tan maravilloso. Movido de estos sentimientos, un extranjero, ha mucho establecido en Guatemala, y deseoso de servir al país que habita, pensó en que le haría un servicio positivo, hacién-

dole utilizar de una industria y de un privilegio que podría llegar a ser con el tiempo el patrimonio de una compañía extranjera; con ese fin no pudo temer a las burlas de las gentes malévolas y retrógradas; y aún a escuchar las predicciones ridículas de los incrédulos o indiferentes; y trabajó incesantemente por tres meses en recoger las firmas necesarias para poder presentarse al Gobierno, pidiendo en nombre de una compañía, firmada igualmente de guatemaltecos y extranjeros, una concesión con privilegio exclusivo durante cincuenta años, para plantear líneas telegráficas en toda la extensión de la República. El Gobierno, decidido como se halla, a fomentar cuanto contribuye al adelanto del país, acordó la cencesión; pero es preciso confesarlo, desconfiando de la realización de la empresa. Obtenida una vez la concesión y recogidas las primeras suscripciones, el director de la compañía pidió a la casa de Mr. Breguet, de París, el mismo que provee al gobierno francés de los aparatos empleados en todo el tiempo, el material necesario para dos líneas, desde la capital hasta el puerto de San José y la Antigua Guatemala. Los gastos de compra y conducción montaron a ocho mil pesos, cantidad excesiva para una compañía que estaba cierta de antemano no deber recoger intereses y dividendos sino después de algunos años. Pero no era esta la mayor dificultad: todo el mundo desesperaba del éxito por falta de empleados capaces al objeto. Un joven inge-

niero guatemalteco, que habiendo hecho sus estudios en el Colegio Seminario, fue a concluir su carrera a Europa, se encargó del pedido del material y de la postura de los alambres conductores; siempre quedaba en pie la mayor dificultad: quién montaría los aparatos y quién los manejaría.

La persona que había tenido la primera iniciativa en la empresa, se hallaba en relación con extranjeros de Panamá y de otros países, que le ofrecían sus servicios, más el precio de 200 a 300 pesos mensuales. cosa enteramente incompatible con los recursos de la compañía. Después de varias diligencias y de cartas mutuas sin resultado, les ocurrió al señor Cobos, antiguo alumno del Seminario e ingeniero con diploma de Bélgica, y al fundador de la compañía telegráfica, el dirigirse inmediatamente a los jóvenes del país que habiendo hecho un curso completo de física, con vista de esos mismos aparatos, cual se hace en el Colegio que dirigen los padres jesuitas en esta ciudad, se encontrarían con los conocimientos necesarios para el pronto manejo del telégrafo.

Avócanse a este fin con el padre profesor de física de dicho establecimiento, el que con el mayor celo por el bien público y toda la inteligencia y energía de un hombre que se siente capaz de lo que emprende, señala entre los discípulos, formados por él, los que le parecen más capaces al objeto: monta los aparatos, arreglando él mismo las averías que piezas

de quintales de alambre perteneciente al telégrafo.

Mr. Mc-Nider contestó que lo sentía; pero que el ramo de su cargo no era dependencia sino del Ministerio de Fomento. Furioso el señor Ministro se dirigió a casa del Presidente, a pedirle la destitución del superintendente, quien llamado e interrogado por el general Barrios le contestó que "ese hombre quería mandar en su ramo; que con tantos directores no se hacía cosa buena y que le hiciera favor de ordenarle que no se mezclara en su oficio." El general Barrios, que con una sola mirada podía formarse juicio exacto de los hombres, dió la razón a Mc-Nider y regañó a su Ministro. En efecto, si el telégrafo pertenecía a Fomento, ¿en dónde estaba el derecho del Ministro de la Guerra para dar directamente sus órdenes?

Cuando Mr. Mc Nicer entregó la superintendencia, la red telegráfica nacional, había alcanzado proporciones considerables; constaba de 1208 millas de alambre con 63 oficinas. Había una superintendencia auxiliar en Quezaltenango para atender directamente todos los asuntos que se relacionaban con las líneas de aquella extensa zona y el personal era bueno en su mayor parte.

Mc-Nider si bien castigaba con severidad los abusos, sabía estimular a sus subalternos, ya dándoles muestras de aprecio en público, ya aumentándoles sus salarios; pero nunca se vió el caso de que por malas recomendaciones

de gente de valía, o por otras intrigas, él diera baja o tratara mal a sus empleados. Quien se portó bien en su oficio, mereció su aprecio, el que no, nól

Espíritu eminentemente organizador, Mr. Mc-Nider deja el sello de la buena organización, cualquiera que sea el ramo que a su dirección se encomiende.

Innecesario me parece hablar de él, como miembro de la sociedad guatemalteca, porque es bien conocido como uno de los más importantes de ella. Vayan nuestros saludos al inolvidable maestro."

Hasta aquí los conceptos del señor Mirón, que fue uno de los discípulos distinguidos del señor Mc. Nider.

## SUPERINTENDENTES Y DIRECTORES DEL TELEGRAFO NACIONAL

Al frente de la superintendencia del telégrafo estuvieron, después del señor Mc-Nider, don Eleázaro Asturias E., hombre enérgico y muy estricto en el cumplimiento de sus deberes. Figuró algún tiempo al frente de la Jefatura Política de este departamento y ha desempeñado otros muchos cargos públicos con diligente interés.

Lo sustituyó el probo ciudadano amatitaneco don Juan Francisco Ponciano, que se distinguió por su carácter recto y justiciero, talento natural y sus grandes energías para el trabajo. Se fue de Guatemala, radicándose en Masaya, Nicaragua, donde fue mentor de

la juventud. Murió lejos de la patria, suspirando por ella.

Después del señor Ponciano entró a servir la superintendencia el ameritado telegrafista don Alejandro Godoy, amatitaneco, de variada ilustración y de extremada modestia.

Sustituyó al señor Godoy don Filiberto del Valle, nativo de Chiantla, Huehuetenango.

Don Felipe Galicia entró a servir en el ramo telegráfico ya no como superintendente sino como director del ramo, en la época del gobernante general José María Reyna Barrios.

Lo sustituyó don Miguel R. González. Nació el 1º de marzo de 1872, en la ciudad de Quezaltenango. Sus padres se llamaron don Miguel González, originario de la Antigua Guatemala y doña Tomasa Méndez, nativa de Xelajú. Comenzó a estudiar telegrafía muy joven, sin dejar por eso el conocimiento de otras materias importantes de la ciencia. Trabajó en la oficina sucursal de Santo Domingo, con el hábil operador don Raymundo Paz Aguirre. Su constante aplicacion e inteligencia lo llevaron a ejercer sus aptitudes con el mejor resultado: sirvió en las oficinas telegráficas de "El Palmar," San Francisco Zapotitlán y Mazatenango; lo llamaron en seguida a la central con objeto de encargarle la contaduría; su buena conducta le valió el ascenso de sub jefe de esta misma oficina. En noviembre de 1897 desempeñó el puesto de telegrafista de la casa presidencial y más tarde recibía el honroso nombramiento de director del

del ramo. Fue hábil operador y calígrafo. Casó con la señorita María Ligorría, dejándole, al morir, cuatro niños.

Con motivo de la muerte del señor González, acaecida el 17 de noviembre de 1903, acontecimiento que llenó de honda pesadumbre al cuerpo telegráfico del país, lo sustituyó en el puesto de la dirección del ramo uno de los empleados más inteligentes que ha tenido esa importantísima dependencia de Fomento: don Manuel C. Mirón, que lleva hasta la fecha 43 años de servicios en el ramo telegráfico de la República, inclusive el tiempo que sirvió en la oficina respectiva de la empresa de los Ferrocarriles y en la capital salvadoreña, donde fue muy apreciado.

El señor Mirón entró muy niño al colegio de "El Progreso" (San José Calazans), centro de enseñanza dirigido por el abnegado maestro don Buenaventura Murga. El año de 1879 murió su señor padre; con anterioridad, siendo muy niño, se había quedado huérfano de madre, así es que el año siguiente ya no pudo seguir sus estudios, viéndose obligado a buscar la subsistencia. En la dirección de telégrafo le dieron modesto empleo y a los pocos años, gracias a su dedicación al trabajo y a su inteligencia, desempeñaba en la misma dirección honroso puesto, hasta llegar a ser jefe principal de la institución.

El año de 1902, publicó su libro "Cartilla Telegráfica para uso de los telegrafistas de la

América Central," obra ilustrada que premiaron en la Exposición de San Luis, con diploma y medalla de oro.

Sustituyó a don Manuel C. Mirón don Julio Llerena. Sus padres fueron don José Llerena y doña Francisca Lambur, personas que gozaban de comodidades el año de 1880. Nació don Julio el año de 1872. Estudió las primeras letras en el Asilo, centro de enseñanza que dirigió en su juventud don Samuel Gálvez. Al partir la familia Llerena al exterior, don Julio, siendo muy joven, viajó por la Isla de Santo Domingo, Belice, Nueva Orleans, el Havre, París, Barcelona. Cádiz, Málaga, Puero Rico, Santiago de Cuba, Haití, Jamaica, Colón y Panamá.

Al regresar a Guatemala estuvo en el Instituto de Varones, comenzando sus estudios en la Escuela de Telegrafía el 1º de enero de 1888; dirigía ese centro don Santiago Cuevas Rubio. El 1º de septiembre del mismo año desempeñaba el puesto de encargado de la oficina de rezagos, luego pasó a la oficina de telégrafos de la Aduana y más tarde era el segundo telegrafista del Palacio Presidencial, de 1891 a 1898.

En la central de telégrafos obtuvo los puestos de oficial segundo, luego el inmediato superior; el 23 de junio de 1907 recibió el nombramiento de sub-director y el 2 de octubre de 1910 el de director. Dejó este puesto el 8 de abril de 1920.

Lo sustituyó don J. L. Carrillo.

Luego ocupó el mismo puesto don Eleázaro Asturias.

En seguida don Daniel Rosal, antiguo empleado del ramo. Estudió en el Instituto de Occidente; sirvió con honradez varias oficinas telegráficas y luego la muy importante de Quezaltenango. En mayo de 1902 pasó a esta capital, nombrándosele inspector general de la zona del Norte; el 10 de noviembre de 1905 recibió el nombramiento de inspector de los departamentos de Occidente; el 24 de noviembre de 1909 pasó a Mazatenango con igual empleo y el 24 de octubre de 1910 fue nombrado sub-director. Sirvió al telégrafo 40 años. Falleció hace poco tiempo con sentimiento de sus colegas.

Sirvió el cargo director del ramo don Rafael Villacorta.

Después estuvo al frente de la institución don Manuel C. Mirón, sustituyéndolo don Mariano Batres Pineda, originario de San José Pinula, que ha venido prestando servicios al telégrafo desde el año de 1889. Le enseñó la telegrafía un modesto empleado de la oficina de su pueblo, ciudadano olvidado no obstante sus servicios.

Los viejos telegrafistas recuerdan con cariño a Justo Evora, anciano que llegó a ser muy estimado entre sus compañeros. Puesto distinguido tiene entre los servidores del telégrafo don Esteban Armas, el hombre servicial, activo y laborioso a quien todos respe-

tan por sus recomendables prendas personares.

Ocupan lugar preferente en el afecto de sus compañeros de labor, Santiago Cuevas, Alejandro Godoy, Rafael Ramírez, Francisco Illéscas y el receptor Ramón Montealegre.

Merecen especial mención, los telegrafistas Carlos Azúcar, Andrés Amaya, Rafael Mena Rivas, Camilo Aceituno y David Coto, todos de origen salvadoreño.

Fidel Pérez, José Gallegos, Rafael Mena, Clemente Godoy, Calixto y Clemente Mixco, Salvador Gomar, Gilberto Jáuregui, Marcelo Mirón, Rafael Rivadeneira, Alejandro Montalvo, Eduardo Vásquez Garrido, Francisco Mollinedo, José María Pons, Francisco y Pedro Arriola, Florentín Ovalle, Manuel y Justiniano Martínez, Jacobo Mérida, Salvador y José Dolores Alarcón, Manuel Larreinaga, Adrián Paniagua Martínez, Manuel J. Galindo, F. de León, Rafael Murga, Mariano y Eduardo Girón Vela, Jesús Valencia, Narciso Castillo, Agustín y Luis Orellana Soria, Agustín Chinchilla Duarte, Alberto Clavel, Mariano Girón, F. Castilla, Max López, Adrián Santiago Vega y otros.

Figura entre los viejos servidores del telégrafo Alberto Díaz.

Hemos consignado los anteriores datos tos por estar ligada a Amatitlán la historia del telégrafo. El país avanza constantemente en la senda del progreso y en la actualidad el servicio del telégrafo se encuentra perfecta-

mente bien organizado y atendido hasta en las poblaciones más apartadas del país.

## AMATITLAN TIERRA HOSPITALARIA

## LAS ESTROFAS DE JUAN FERMIN AYCINENA

Muchísimas personas de Amatitlán desaparecieron del escenario del mundo, dejando el recuerdo de sus hechos, de sus bondades y de sus virtudes. Otras emigraron a distintas poblaciones de la República y no pocas encuéntaanse domiciliadas en esta capital; sin embargo, la ciudad no pierde en animación; algunos que allá nacieron la visitan con frecuencia por las facilidades del viaje, en los trenes ordinarios o de excursión, así como en autos: regresan al lado de la anciana madre, que quizá dejaron desolada, o van a buscar la sombra de la ceiba frente a donde se agita la campana melancólica que los llamó a las primeras oraciones en las horas tempranas de la existencia, en que las ilusiones son como una dicha inefable sin término ni horizonte...!

Llegan también forasteros que se establecen, haciendo de sus tierras, ataviadas de encantos naturales, hospitalarias por instinto y por inclinación, su segundo hogar, compartiendo con las que allá viven el techo y el pan, el trabajo y las fatigas, las penas y los consuelos.

Y aquí cabe recordar las inspiradas estrofas de uno de nuestros famosos poetas, el

al inolvidable cantor del "Pensativo" Lic. Juan Fermín Aycinena:

## AMATITLAN

Sino fatal, ciudad de desventura,
Presidió a tu nacer, que tantas veces
Tuviste que apurar hasta las heces
El cáliz rebosando de amargura?

¡Un tiempo fue que hermosa te asentabas
Orillas de tu lago transparente,
Y en su cristal purísimo, luciente
Tu peregrino rostro contemplabas!

¡Hoy escombros no más mira el viajero
Do ayer se alzaba una ciudad tan bella!
El genio del dolor hincó su huella,
De lágrimas, dejando atroz reguero!

Tierra del Pocomán en otros días,
Testigo de sus hórridas victorias,
Celebrabas con él sus rudas glorias,
Lloraste, si humillado le veías:

O si las ondas de tu limpio Lago,
Que las canoas débiles cortaban,
Con sangre de tus hijos se empañaban
De fiera lucha el espantoso estrago.

¡Y sucumbiste al fin! cuando cayeron
Los hijos de Tanub!...Estraños reyes
Plugo al destino darles, y otras leyes;
Y a nueva vida entonces renacieron.

¡Tú te alzaste también muy más hermosa
La hecatombe cesó de sangre humana
Ante la luz de la verdad cristiana;
La fe del Dios de amor reinó gloriosa.

Triste recuerdo en tus campiñas miro
Del nopal, que doquiera las llenaba,
Y a la preciosa grana alimentaba,
Digna rival del múrice de Tiro.

Cuando en busca venían de ese fruto
Las presurosas naves extranjeras,
En cambio del tesoro que les dieras,
Ellas te daban ópimo tributo.

Entonces ¡qué algazara, qué alegría
En tus plazas y calles! ¡Qué de fiestas
En tus amenas, plácidas florestas!
¡Cuánto pueblo talvez te envidiaría!

De tu Lago, veloces barquichuelas
De airosos gallardetes adornadas,
Encrespaban las olas sosegadas
Al suave empuje de sus blancas velas.

En tus montes, cubiertos de verdura,
El eco dulcemente repetía
Los acordes acentos de armonía
En ondas impregnadas de ternura.

Bajo tu "ceiba" de frondosas ramas,
¡Qué bulliciosas danzas y recreos!
Endechas delicadas, galanteos,
Trovas de amor de abrasadoras llamas!

¡Cuánto allí se gozó!.... De la alba luna
Mil veces te miró la faz riente,
Ciudad próspera, bella, floresciente,
¡Hija mimada, ¡ay Dios! de la fortuna!

El hado adverso contempló envidioso
Tu vida tan feliz; y en hora triste
De la opulenta cima descendiste,
Deprimido tu fruto más valioso.

Y cuando de salud el íris bello
Te auguraba no lejos la bonanza,
Y con él de la próvida esperanza
Veías brillar el último destello.

Cuando el vapor con su jigante empuje
Se lanza cual ardiente torbellino,
Y acerca las distancias del camino
Y por tus cumbres y tus valles ruje,

Cuando otro fruto espléndido y lozano
Te brinda de la Arabia el delicioso
Néctar, que busca el europeo ansioso,
Y lo cultiva con afán tu mano,

La tierra se extremece derrepente:
Y caen entre el polvo derrumbadas
Casas y templos, torres elevadas;
Y en confusión y espanto huye la gente.

¡Amatitlán! ¡Ciudad de desventura!
¡No sufres sola tú: que están unidas
A tu dolor y lloran aflijidas
Tus hermanas también tu suerte dura!

Ya las veo llegar: entre sus brazos
Te estrechan cual amigas cariñosas:
Que no rompen borrascas procelosas
De la alma caridad los dulces lazos!

## UNA POESIA DE PEPITA GARCIA GRANDOS

La famosa poetisa María Josera García Granados, dedicó el año 1837 a la ceiba de Amatitlán, las siguientes estrofas:

¡Salud, pomposa ceiba!
Tu cuerpo vigoroso,
Parece desafía
Al Aquilón furioso.

La tierra se extremece
Contra tí se conjura:
El huracán y el rayo
Abatirte procura.

¡Inútiles esfuerzos!
Que más bella y frondosa,
Tus simétricas ramas
Ostentas orgullosa.

Mas ¡ay! no es la Natura;
Que aunque ella ha amenazado
Tu altiva confianza,
Al fin te ha respetado:

Por la mano del hombre,
Destructor e ignorante,
Se verá derribado
Ese tronco gigante.

¡Oh! que nunca se cumpla
Tan fatal vaticinio!
Nunca mis tristes ojos
Contemplen tu exterminio!

Mas bien, árbol querido,
Donde el amor reposa,
Que al corazón le hablas
En lengua misteriosa;

Si unido a mis recuerdos,
Por ellos simpatizas
Conmigo, que tu sombra
Dé abrigo a mis cenizas;

Y que allí reclinado
Sobre mi lecho frío,
A su amiga recuerde
El caro amigo mío:

Y el soplo de las brisas
Jugando entre tus ramas,
Multiplique mil ecos
Que repitan: ¿me amas?

Y él responda a los ecos,
Y su voz deliciosa
Descienda al hondo lecho
Do su amiga reposa.

Que sus lágrimas rieguen
Tu raiz carcomida;
Y mi espíritu y ellas
Te den eterna vida.

Año de 1837.

---

## EL HOSPITAL DE AMATITLAN

### MIRADA RETROSPECTIVA

Las manifestaciones de caridad, esos imprescindibles y consoladores deberes a que están obligadas todas las sociedades y que son talvez el barómetro más seguro para avaluar el grado de civilización de las naciones, se cumplen en la ciudad de Amatitlán, no obstante el deplorable estado en que dejaron los terremotos la casa de caridad.

Desde lejanos tiempos la cabecera tiene su Hospital, donde el desgraciado encuentra a todas horas sus alimentos, albergue para evitar los rigores de la calle pública, lecho para descansar de sus fatigas y medicinas para aliviar sus dolores.

No son pocas las personas que en distintas épocas han llevado su contingente caritativo al establecimiento.

Como ya digimos anteriormente, está situado en la parte occidental de la población. Antes de los terremotos, para entrar a él, pasábase por una portada grande, de calicanto,

que ostentaba en la parte alta esta inscripción:

"Divina es la obra
de aliviar el dolor."

Luego había un zaguán, sin techo, con el piso de piedra; a la izquierda extendíase un solar, con una baranda de mezcla y a la derecha una puerta que deba a una reducida capilla.

En la parte Norte del zaguán encontrábase el visitante con una reja de hierro y su respectiva puerta; en seguida un corredor y un patio con un jardín.

El departamento de hombres era grande y limpio; en la sala había no menos de cuarenta camas de hierro a derecha e izquierda: en uno de los extremos de la sala estaba la cárcel para asilar a los enfermos delincuentes, y en el otro una imagen de San Juan de Dios.

Reina hoy en esas salas, por lo común, un silencio no sepulcral, como se dice casi siempre, sino hospitalario. Se oye, de cuando en cuando, una cama que rechina, un trasto de peltre que toca con un frasco de vidrio; un ¡ay! salido del fondo del alma que se pierde en el ancho espacio, un bostezo, un suspiro lleno de profunda amargura o una plegaria interrumpida a veces por el llanto... Durante el día nótase alguna animación con la visita del doctor, el reparto de medicinas, las atenciones de los enfermeros y sobre todo, por la claridad de la luz del sol que entra

a las salas de clínica. Pero a la caída de la tarde, a esa hora en que las sombras van envolviendo la tierra, las salas tórnanse sombrías y apenas se ve titilar la luz de un candil puesto sobre un altar.

Acerca del Hospital de Amatitlán, dice el Lic. Flamenco en su obra "La Beneficencia en Guatemala," (reseña histórica), lo que sigue:

"Se inauguró este establecimiento el año de 1862, con dos amplios salones que tenían de extensión 40 y 50 varas de largo, respectivamente, por ocho de ancho, destinadas a clínica de hombres y mujeres; un departamento limitado para cocina, ropería y dormitorio de sirvientes y las oficinas necesarias para cada departamento. Posteriormente se ampliaron la botica, contraloría, despensa y ropería; después se edificó un aposento para anfiteatro anatómico y en 1884 se hicieron las construcciones siguientes: 4 pozos, 3 estanques o pilas con sus respectivos lavaderos; se destinaron los extremos de la sala de mujeres, uno para Oratorio y otro para Sala de Maternidad, y sobre la parte superior de la entrada se levantó una torre pequeña para campanario. El director del Hospital de esta ciudad don Rafael Angulo, obsequió noventa camas de hierro para sustituir las de madera que ya se encontraban en mal estado: se hicieron arriates en la portería y se pusieron dos verjas de ladrillo para separar la entrada

general y el departamento de hombres de la contraloría, botica, jardines y dormitorio de las Hermanas de la Caridad y se le proveyó del amueblado necesario para el servicio.

Los temblores del año de 1885 deterioraron en parte el edificio que permanecía cerrado desde el año de 1884, el cual por acuerdo gubernativo, se abrió nuevamente al servicio el 7 de julio del año siguiente, siendo nombrado director don Manuel Samayoa.

En 1893 se dió principio a un nuevo salón, con la cantidad de dos mil pesos que acordó el Gobierno; con dos mil pesos más que a su muerte legó para tal fin doña Manuela Reyes de Monterroso y con una cantidad igual don Pablo Blanco, terminóse el salón en referencia en 1896. Un año después se hizo de hierro la puerta de entrada y se pusieron dos puertas grandes de madera en cada uno de los departamentos. En 1902 fue instalado el alumbrado eléctrico, poniéndose al servicio varios focos de 16 bujías.

Año con año se continuó mejorando el edificio, que cuenta con nuevo anfiteatro, una sala de operaciones y la introducción del agua potable, de tan vital importancia para el establecimiento, cuyas rentas consisten en dos por ciento sobre la venta y permuta de inmuebles; en un peso sobre cada carga de panela que se elabore en el departamento y en cuatrocientos pesos mensuales con que está subvencionado."

Esto decía en 1915 el Lic. Flamenco: hoy

tiene el Hospital de subvención $10,000 mensuales.

Las salas de hombres se derrumbaron con los terremotos y con un esfuerzo de buena voluntad los han ido restaurando.

El desastre de la noche fatal del 25 de diciembre de 1917 llevó un hálito de tristeza a los amatitanecos: deploraban la ruina de su templo, del hospital y de sus principales edificios.

De la casa de caridad solamente se salvó la Sala de Operaciones, bonito departamento que ocupa regular porción de terreno en el patio del departamento de hombres.

Tiene esa sala en la parte alta una inscripción que dice: "Obsequio de Felipe Fernández. 11 de diciembre de 1903."

Dicho caballero, honorable bajo todos conceptos, era director del Hospital hará poco más o menos diez o doce años.

En el lado Norte del patio encontrábanse otros departamentos divididos por una pared: eran los salones, corredores y patios donde podían ser aislados individuos que sufrieran enfermedades contagiosas o epidémicas. Amplio aposento estaba destinado a ropería y despensa, contiguo a la cocina.

En la parte occidental del edificio encontrábase el departamento de mujeres, dotado de treinta camas.

En el patio del jardín se hallaba la farmacia; de uno de los muros pendía un cuadro con esta leyenda:

"La Junta de Gobierno, bajo cuyos auspicios se instaló este Hospital, en sesión del 14 de diciembre de 1862, dispuso dedicar este monumento a la memoria de los fundadores y bienhechores de esta casa de caridad que a continuación se ven inscritos; como un voto de reconocimiento y de gratitud a su generosidad:

Doctor José Luna, Mariano de Aycinena, Lic. José Tomás Larraondo, Tomás Samayoa, Ignacio M. Ponciano, José Marín de Urruela, José María Durán, Carlos R. Klée, Diego Aceituno, Eugenio Godoy, Diego Leal Manuel Larrave, Jerónimo Gil, Pbro. Julián Marquelli, Rafael Ubico, Pedro Díaz, Juan Mejicanos, José Mariano Arroyave, Antonio Gomar, Víctor Porres, Ignacio Godoy, Pedro J. Ponciano, Francisco García, José María Contreras, José María Taracena, J. M. Castellanos, Domingo Carranza, Claro Catalán, Ramón Herrarte, Ascensión Ponciano, Manuel Díaz Campa, Marcelo Contreras, señores de la Hoz y Palacios, Domingo Vásquez, Hipólito Mazariegos, Mariano Roche, Crisanto Díaz, Ceferino Mendoza, Felipe Figueredo, Nicolás Catalán, Manuel Taracena, José Almorza, Sixto Dardón, Tránsito Arguijo, Cándido García, Román Catalán, León Solares, Lorenzo Mazariegos, José María Durán.

Señoras: Ignacia Sánchez, Gertrudis Díaz, Jerónima Cerna.

Diciembre 31 de 1862."

Otro cuadro de menos dimensiones que

el anterior contiene esta inscripción:

"La Junta Directiva del Hospital de Amatitlán, dedica este monumento como prueba de gratitud a la filantropía de los señores Rafael Angulo, Pablo Blanco, Lisandro Paiz, y señorita Manuela Monterroso, que contribuyeron para construir el salón destinado a la sala de clínica de mujeres."

Otro cuadro dice:

"Al señor don Eleuterio Celada. La Junta de Gobierno del Hospital, señala este recuerdo, en prueba de gratitud, por sus méritos y servicios al establecimiento.

Amatitlán, 31 de diciembre de 1862."

Al frente de todos los nombres que dejamos apuntados figura el del Protomédico Dr. José Luna, facultativo que tuvo particular cariño por el pueblo de Amatitlán, siendo uno de los que más trabajaron por el ensanche de la casa hospitalaria.

El Dr. José Luna y Arbizú, nació el 1º de septiembre de 1805, en Metapán, El Salvador, población que gozaba en aquellos tiempos del renombre que le daban sus industriosos vecinos, consagrados a la explotación de los minerales de hierro. Otra circunstancia hizo notable a Metapán: la de haber sido cuna de distinguidas personalidades entre quienes sobresalió el sabio Dr. Isidro Menéndez, que tanto figuró en aquella época en Centro América.

Fueron los padres del Dr. Luna, don José Esteban Luna y doña Ana Micaela Arbizú de

minarla va a ser de los mejores edificios de la ciudad. En su nave hay dos o tres imágenes antiguas, dos cuadros de pintura al óleo de escaso mérito, uno de ellos lo mandó pintar el año de 1845, don José Esteban Castro, sujeto que hizo poner al pie de la obra una leyenda, suplicando a los fieles que visiten el templo, una plegaria a su memoria. El nombre de don José no se olvidará mientras dure el lienzo, como se han olvidado los de muchos ciudadanos bienhechores del pueblo, que no tuvieron la previsión de hacer pintar cuadros y de mandar cincelar nombres sobre piedras o mármoles!....

## ESCUELA NACIONAL DE VARONES

En la calle que de la plaza conduce al Hospital, hicieron construir hará poco más o menos doce años, amplio edificio destinado a escuela de niños. Los temblores no dejaron de causarle perjuicios a los muros, siendo necesario mandarles hacer reparaciones: tiene varias salas de clase; corredores, extenso patio, habitaciones para el director y elegante fachada, con plazuela al frente.

Por término medio asisten a la escuela ciento cuarenta alumnos.

La Escuela Nacional de Niñas ocupa edificio de propiedad particular a inmediaciones de la plaza.

## CASAS PARTICULARES

Las obras de ornato en la ciudad, de unos

años a esta parte han sido escasas. La mayoría de los vecinos se conforman con poseer modestas viviendas; aun en tiempos de la grana, cuando los negocios eran pingües, las gentes ponían en práctica el adagio aquel de "casa en cuanto quepas, dinero cuanto puedas." Además, los temblores de distintas épocas causaron serios perjuicios a las viviendas.

Una de las mejores casas, en la Calle de la Laguna, es la de altos que perteneció a don Juan Mejicanos; la edificó a mediados del siglo anterior, con un costo de treinta y cinco mil pesos plata: tuvo su propietario la idea de hacer construir un arco de calicanto con el propósito de comunicarla con la del frente, que en un tiempo perteneció a la familia Amado, pasando más tarde a poder del señor Mejicanos, después de un largo y ruidoso litigio en los tribunales, tanto que este señor no vió el resultado final del pleito por haberlo sorprendido la muerte; entró en posesión de la de su señora esposa doña Mercedes Mejicanos.

El primero de los edificios a que hemos hecho referencia tuvo oratorio y celebrábanse grandes fiestas el día de la Natividad de la Virgen. Eran los últimos tiempos en que Amatitlán florecía con el negocio de la grana.

Por distintas direcciones se notan en la ciudad los extragos de los terremotos, siendo muchas las viviendas de gente pobre arrui-

nadas. El estímulo de las autoridades superiores hará indudablemente que en lo futuro se realicen obras nuevas, ligeras, para viviendas del proletariado. Con una ayuda pecuniaria se podrían construir modestas casas, principalmente en el barrio de San Lorenzo, que es muy sano y tiene avenidas y calles bien trazadas.

## EL COMERCIO EN AMATITLAN

El gran movimiento de trenes de carretas y de diligencias a Escuintla y al Puerto de San José, presentábase constante y activo: la ciudad era el punto obligado de estación y contaba con hoteles en los que el servicio competía con los de la capital; la alimentación dábanla abundante y bien condimentada; se recuerda aun el pan elaborado en Amatitlán, siendo muy apetecidas las hojaldras y las roscas, las mestizas y los "enmantecados:" un buen almuerzo valía una peseta de plata. La ciudad nunca tuvo fondines mal presentados, ni tabernas asquerosas, con cuatro o cinco garrafas en el mostrador y botellas vacías sobre estanterías llenas de polvo y telas de araña. A un "estanco" de esta clase no habrían llegado los "tunos" de hace medio siglo.

Las llamadas "fondas" ocupaban habitaciones espaciosas, con toda clase de licores en estantes de madera barnizada: el aguardiente al menudeo, de buena calidad, estaba preparado con rodajas de mamey, cortezas de naranja y de limón; vendían "mistelas," ani-

zado del país y los famosos "calientes" para los "engomados."

No faltaban ciertas frutas curtidas en licor, siendo preferidos los nances.

La llegada de las diligencias de o para Escuintla y Puerto de San José, eran momentos de animación febril.

El año de 1879, a fines de marzo, doña Rosa de Robles, mujer enérgica, activa y trabajadora, compró en doce mil pesos una empresa de carruajes: figuraron entonces las diligencias llamadas "camaronas," por el color con que estaban pintadas; esa empresa tuvo como empleado a Tomás Rodríguez, hombre de energía y de trabajo que fue muy entusiasta por la revolución de 1871.

El 29 de junio del año citado, día en que libróse la acción de guerra de San Lucas, en Amatitlán circuló rápida la noticia de que el ejército revolucionario había sido aniquilado y que los caudillos García Granados y Barrios, dirigíanse a marchas forzadas hacia los Altos; la noticia causó en unos desaliento y en otros júbilo. Varios partidarios y comprometidos en la revolución, jóvenes llenos de vigor y de entusiasmo, sin reparar en los peligros a que se exponían, ensillaron sus caballos, encaminándose a donde ellos creían obtener informes exactos del curso de los acontecimientos; horas más tarde llegaban a "La Embaulada" y ahí se informaron del triunfo de la revolución, noticia que los viajeros comunicaron inmediatamente a los veci-